

TIEMPO DE MEMORIA

Virginia Cowles

COMPLICARSE LA VIDA

Una reportera en zona de conflicto (1937-1941)

PRÓLOGO DE MIQUEL BERGA



TUSQUETS
EDITORES

VIRGINIA COWLES
COMPLICARSE LA VIDA
Una reportera en zona de conflicto (1937-1941)

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

Prólogo de Miquel Berga

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Looking for Trouble*

1.ª edición: mayo de 2018

© Virginia Cowles, 1941. Todos los derechos reservados

© del prólogo: Miquel Berga, 2018

© de la traducción: Jordi Beltrán Ferrer, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-541-1

Depósito legal: B. 7333-2018

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Blackprint

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Prólogo, <i>por Miquel Berga</i>	13
Prefacio	21
Primera parte. La España republicana	
1. Viaje a la guerra	27
2. Explosivos de gran potencia	38
3. La prensa	46
4. La vida en Madrid	56
5. Ejército civil	70
6. Visado de salida	84
Segunda parte. La España nacional	
1. Intermedio en la frontera	91
2. La caída de Santander	100
3. Salamanca	111
4. La marcha a través del norte	122
Tercera parte. Sombras de primavera	
1. Londres	143
2. La política de apaciguamiento	159
3. Ensayo general en Checoslovaquia	166
4. ¿Quién quiere una guerra?	175
Cuarta parte. Tiempo de regateo en Europa	
1. Las velas empiezan a titilar	185
2. Tiovivo alemán	195

3. La guerra que no sucedió	211
4. Muerte por estrangulamiento.	223
5. Neville Chamberlain	244

Quinta parte. La Rusia soviética

1. Introducción a Rusia	259
2. Sombra sobre el Kremlin.	266
3. Agua, agua en todas partes	277
4. El leopardo cambia sus manchas.	284
5. Notas sobre Ucrania	293

Sexta parte. La segunda guerra mundial

1. Inglaterra despierta	311
2. Vacaciones en Roma	319
3. Últimas horas en Berlín.	332
4. Tragedia polaca... de segunda mano.	346
5. La guerra «aburrida»	354

Séptima parte. David y Goliat

1. El cielo que se vino abajo.	365
2. Tierra de muertos	376
3. Los mejores círculos polares árticos.	387
4. El crepúsculo.	399
5. Banderas a media asta	413

Octava parte. La caída de Francia

1. La primavera es tiempo de Hitler	427
2. Luces de bengala que arden por ambos extremos	435
3. Dios es inglés.	451
4. Las últimas veinticuatro horas de París	462
5. El principio del fin	477
6. Dolorosa separación en Burdeos	489

Novena parte. Inglaterra continúa luchando

1. Ninguna hora fue mejor que ésta	505
2. <i>Per ardua ad astra</i>	513
3. Ay, el puente de Londres no se ha derrumbado	527

4. Fin de semana de invasión	544
5. Sólo unidos venceremos	554
Apéndice	
Índice onomástico.....	565

Si se echa una ojeada a los periódicos de marzo de 1937, se recordarán varias cosas: que el *Normandie* batió la marca de la travesía más rápida del Atlántico; que el rey Leopoldo de Bélgica visitó Londres; que Neville Chamberlain sucedió a Stanley Baldwin en el cargo de primer ministro de Inglaterra; que se encontró el diario perdido de Samuel Johnson; que la reina María de Rumanía se encontraba enferma de gravedad; y que Noël Coward estaba descansando.

También se leerá que el general Franco lanzó una ofensiva. El 10 de marzo los periódicos informaron de que Franco había penetrado en las defensas de Madrid y al día siguiente el corresponsal del *Daily Telegraph* de Londres escribió:

Los nacionales han avanzado cerca de veintinueve kilómetros en dos días. Se encuentran ahora a poco más de veinticuatro kilómetros de Guadalajara. Los defensores de Madrid saben que la batalla de Guadalajara decidirá la suerte de la capital.

Al cabo de unos días empezaron a llegar noticias y el mundo se enteró no sólo de que Madrid seguía resistiendo, sino también de que los legionarios italianos de Franco habían huido en desbandada y la ofensiva de los nacionales se había convertido en la primera (y luego se vería que la última) gran victoria de la República.

Fue una semana después de la batalla de Guadalajara cuando hice mi primer viaje a España. A las cinco y media de la mañana me encontraba en el aeródromo de Toulouse esperan-

do un avión que me llevaría a Valencia. Estaba oscuro como boca de lobo y hacía un frío glacial. La escarcha del suelo brillaba a través de la oscuridad como un sudario fantasmal y las pequeñas bombillas rojas que delimitaban el campo de aviación despedían una luz misteriosa. Empezó a encogerseme el corazón ante la perspectiva del viaje.

No tenía ninguna aptitud como corresponsal de guerra excepto la curiosidad. Aunque había viajado mucho por Europa y el Lejano Oriente, y escrito varios artículos, principalmente para la sección «March of Events» [La marcha de los acontecimientos] de los periódicos de la cadena Hearst, mis aventuras eran de naturaleza pacífica. De hecho, después de un viaje de Londres a Tokio y una estancia de doce meses en la capital japonesa en 1934, había escrito un artículo para *Harper's Bazaar* que pronto quedó lamentablemente desfasado. Se titulaba: «The Safe, Safe World» [El mundo sin peligro].

Cuando estalló la guerra en España vi la oportunidad de hacer un periodismo más vigoroso; pensé que sería interesante informar acerca de ambos bandos y escribir una serie de artículos en los que compararía un bando con el otro. Persuadí a T.V. Ranck, de la cadena de periódicos Hearst, de que mi propuesta era buena y emprendí felizmente el viaje a Europa. No conocía a nadie en España y no tenía la menor idea de cómo llevar a cabo semejante tarea, de modo que esperé hasta llegar a París antes de trazar un plan de campaña. Y entonces tuvo lugar la batalla de Guadalajara. Leí las noticias sobre la heroica resistencia del Madrid sitiado y saqué la conclusión de que Madrid era obviamente el lugar adonde debía ir.

Mis amigos de París no me dieron muchos ánimos. Me advirtieron que si no iba mal vestida me «liquidarían» en la calle; alguien sugirió que me vistiera con ropa de hombre; otros, que usara prendas andrajosas. Finalmente me llevé tres vestidos de lana y una chaqueta de pieles.

También me contaron un montón de historias sobre atrocidades y predijeron con pesimismo que si no me derribaban durante el vuelo a Valencia, sin duda me bombardearían durante el viaje por carretera a Madrid. No había prestado ningun-

na atención a sus premoniciones, pero ahora, en el aeródromo, una procesión de imágenes terribles desfiló por mi mente. Entré en la sala de espera con la intención de tomar una taza de café y me sentí aliviada al observar que a nadie parecía impresionarle la inminente partida de un avión que les conduciría a la peligrosa España «arrasada por la guerra». Había únicamente media docena de personas en la sala; algunas leían los periódicos vespertinos del día anterior, otras dormían con la cabeza apoyada en la mesa. Hacía tanto frío que los mecánicos franceses andaban de un lado para otro y se detenían de cuando en cuando para calentarse las manos sobre una estufa pequeña. Por fin se abrió la puerta y un hombre anunció que el avión estaba listo para despegar. Pagué la cuenta y, cuando iba a levantarme, un viejo que llevaba una boina negra y hasta entonces había estado sentado en silencio junto al fuego se acercó a mí, me sujetó la mano con firmeza y con voz trémula de emoción dijo:

—*Bonne chance, Mademoiselle, bonne chance.*

Al subir al avión, noté que me embargaba un mal presentimiento.

Tardamos sólo una hora en llegar a Barcelona. Pasamos la mayor parte del tiempo sobrevolando los Pirineos. Las montañas estaban cubiertas de nieve y al principio parecían grises y remotas; luego amaneció y se tiñeron de un intenso color de rosa. Después de aterrizar entré en la sala de espera del aeropuerto y recuerdo la sorpresa que me llevé al ver España por primera vez. La escena era tan pacífica que resultaba casi incongruente. Una mujer se hallaba sentada detrás del mostrador tejiendo un jersey, dos hombres de edad avanzada y traje de pana negra estaban sentados junto a una mesa bebiendo coñac y una niña pequeña se encontraba echada en el suelo con un gato. Saludaron cordialmente a los pilotos franceses, pero cuando éstos hicieron comentarios sobre la guerra y se interesaron por las últimas noticias, uno de los ancianos se encogió de hombros y dijo con desgana:

—La guerra no es cosa de Cataluña. No queremos tener nada que ver con ella; lo único que queremos es que nos dejen en paz.

Tomamos una taza de café, un aduanero inspeccionó con indiferencia nuestro equipaje y al cabo de una hora estábamos en Valencia.

Valencia era un hormiguero de humanidad. Era la sede provisional del Gobierno y su población de cuatrocientos mil habitantes había aumentado hasta rebasar el millón. El gentío abarrotaba las calles, llenaba las plazas, se arracimaba en los portales, invadía las playas e iba y venía incesantemente por los mercados, los comercios y los cafés. Todo era ruido y confusión. Carros tirados por caballos traqueteaban sobre los adoquines y automóviles con pegatinas oficiales en el parabrisas circulaban a gran velocidad, peligrosamente, por las calles haciendo sonar el claxon como locos. En las paredes había carteles chillones que mostraban los cuerpos destrozados de mujeres y niños y llevaban escrita una sola palabra: «¡Fascismo!». Un poco más abajo un gramófono a todo volumen cantaba alegremente: «No puedo darte nada más que amor, nena».

Me depositaron en las oficinas de Air France, en la calle principal, y contemplé la escena con perplejidad. Pregunté por dónde se iba al mejor hotel y el empleado contestó que quedaba a cosa de un kilómetro y medio «calle abajo». Fue imposible encontrar un mozo de cuerda o un taxi. Llevaba una sola maleta y una máquina de escribir, así que eché a andar. Toda la gente que había en la calle era de clase obrera y todo el mundo iba de negro: las mujeres llevaban vestidos de algodón de color negro y se cubrían la cabeza con un pañolón negro, y los hombres vestían trajes y boinas del mismo color. Algunos se detenían para mirarme fijamente, con expresión sombría, y al principio pensé que era por ser yo la única persona que llevaba sombrero; luego, de pronto, caí en que las dos barras rojas y la barra amarilla que, sin que yo me diese cuenta, habían pintado en la maleta eran los colores de la bandera del general Franco.

Pasó un tranvía y me subí a él, temerosa, pero tuve que apearme en la siguiente parada porque no llevaba encima dinero español y no conseguí hacerle entender al cobrador que haría un buen negocio si aceptaba un billete de diez francos.

Finalmente llegué al hotel Bristol y lo encontré abarrotado. Incluso había gente durmiendo en las butacas del vestíbulo. Dejé el equipaje y entré en el comedor para almorzar. Llenaba el restaurante una extraña colección de personajes: pocos de ellos parecían españoles y más adelante me enteré de que eran la cara menos visible de Valencia: hombres de negocios, agentes provocadores, asistentes sociales, espías y estafadores. Pregunté al camarero si en el hotel se alojaba algún corresponsal norteamericano o inglés y me dijo que el señor Kennedy de la Associated Press ocupaba una mesa en el otro extremo del comedor. Le envié una nota en la que hablaba del aprieto en que me encontraba y le pedía que me ayudase.

Kennedy era un reportero norteamericano joven y duro, de una eficiencia que le agradecí profundamente. En menos de una hora intimidó al gerente del hotel para que encontrase una habitación para mí y me presentó al jefe de la Oficina de Prensa Extranjera y éste hizo gestiones para que un coche me llevase a Madrid dos días después.

Recuerdo que atosigué a Kennedy con preguntas sobre la guerra y, con el fin de tener un sitio donde pudiéramos hablar con tranquilidad, alquilamos un carruaje desvencijado y dimos vueltas alrededor de la ciudad. Las afueras eran agradables; las multitudes eran menos numerosas, el Mediterráneo se extendía apaciblemente ante nosotros y, en los campos que teníamos detrás, largas hileras de naranjos relucían bajo el sol. No acertaba a entender en qué medida la confusión general que reinaba en Valencia se debía a la guerra, en qué medida a la revolución y en qué medida a estar en España.

—Las tres cosas —dijo Kennedy—. Dios, cómo me gustaría volver a Estados Unidos.

Le dije que España me parecía apasionante y me respondió con una sonrisa agria.

—Escucha, hermana, estoy demasiado harto de problemas con la burocracia y la censura y de no tener siquiera un saludable cigarrillo norteamericano que fumar ni una tía presentable a la que invitar a cenar, para seguir pensando que esto es una gran aventura. Ya lo verás.

Seguramente puse cara de desánimo, porque al cabo de un momento añadió:

—Por supuesto, Madrid no es tan malo. Te bombardean todos los días y la comida es un asco, pero al menos hay algo que hacer además de discutir con gente que sólo sabe decir *mañana*.* Allí hay muchos corresponsales y puedes salir de la ciudad e ir al frente cuando quieres ver un poco de acción. No es como aquí, donde la mitad de la gente ni siquiera sabe que está en guerra.

Me había fijado en que las plazas de Valencia estaban llenas de jóvenes en edad militar que parecían no tener nada mejor que hacer que tomar el sol y escarbarse los dientes. Parecía extraño, dada la fase crítica en que se encontraba la guerra, y Kennedy replicó que Valencia aún no había sufrido ningún ataque (el puerto había sido bombardeado ocasionalmente desde el mar, pero eso era todo). Mucha gente consideraba que la guerra era un asunto local limitado exclusivamente a Madrid. Pasamos junto a la playa y vimos a tres guardias que se abrían paso entre las multitudes; de vez en cuando se detenían, interrogaban a algún grupo de hombres y escribían rápidamente algo en sus cuadernos. Kennedy explicó que era el método que solían emplear para identificar a los prófugos y obligarles a entrar en filas.

Aquella noche cenamos en el hotel con el capitán «Pinky» Griffiss, el agregado aéreo norteamericano, y dos aviadores franceses a los que conocíamos sólo por los nombres de «Jean» y «Henri». Ambos eran las ovejas negras de dos respetables familias francesas.

El Gobierno español pagaba muy bien a los pilotos profesionales y Jean y Henri se habían alistado con el propósito de ganar suficiente dinero para pagar sus deudas de juego. Se pasaron toda la velada contándonos sus hazañas en la batalla de Guadalajara. Más adelante me enteré de que sus actividades se limitaron a patrullar sobre Valencia y que las historias que contaban eran pura fantasía. A pesar de ello, su compañía resultaba grata y al día siguiente fuimos todos a los toros.

* En castellano en el original. (*N. del T.*)

La plaza de toros se encontraba en el centro de la ciudad y relucía bajo el sol como la mitad de un enorme pomelo. Había mucho ruido y mucha gente, y el aire olía fuertemente a sudor y tabaco. No se veía ni rastro de la elegancia de otros tiempos y la multitud era como una triste pincelada negra, salpicada con el caqui de los uniformes.

El matador, sin embargo, llevaba el atuendo tradicional: montera, medias de color rosa, zapatos con hebilla y un traje de brocado azul, primoroso pero muy usado. Fue recibido con una sonora ovación y acto seguido empezó el espectáculo.

Nunca había visto una corrida y sentí repugnancia al ver cómo el toro arañaba el suelo mientras la sangre corría por sus costados. Durante la mayor parte del tiempo no me sentí capaz de mirar. El español bajito y moreno que tenía a mi lado se quejaba en voz alta, pero no por la misma razón. Explicó que la corrida no era buena porque los toros grandes se criaban en el sur y el sur pertenecía a Franco.

—Maldita guerra —refunfuñó—, y mire a ese matador. Debería estar lidiando una vaca.

El matador era torpe y la multitud le abucheó; una lluvia de sombreros y mondaduras de naranja cayó sobre la arena. Luego, un miliciano borracho saltó la valla, corrió hasta el matador y le arrebató el capote. El matador le increpó y varios empleados indignados salieron corriendo para obligar al intruso a salir del ruedo. Pero antes de que pudieran alcanzarle, el hombre hizo un hábil movimiento con el trapo y el toro cargó contra los empleados, que corrieron a protegerse detrás de la barrera mientras los espectadores chillaban de gozo.

Durante veinte minutos el miliciano lidió el toro. Cinco veces intentaron los empleados obligarle a abandonar el ruedo y cinco veces el intruso azuzó al toro contra ellos. De repente, el animal arremetió contra él. El cuerno derecho se enganchó en el cinturón y el miliciano se vio lanzado por los aires. La multitud se puso en pie, conteniendo el aliento, pero el hombre resultó ileso. El cinturón se rompió y el miliciano cayó al suelo y quedó tumbado con las extremidades extendidas mientras el toro cruzaba resoplando el ruedo. Los empleados apro-

vecharon la ocasión para sacar al intruso a rastras. El hombre se sujetó los pantalones con una mano y protestó cómicamente con la otra, pero fue conducido a su localidad en medio de una salva de aplausos. Hasta el español descontento sentado a mi derecha dio por bien empleado el dinero que había pagado por la entrada.

A primera hora de la mañana del lunes salí con destino a Madrid en un pequeño automóvil abarrotado de cajas de comestibles, dulces y cigarrillos. El chófer era un anarquista español y los demás pasajeros eran una mujer norteamericana, Mellie Bennett (que trabajaba en el departamento de propaganda), y un sacerdote católico.

Me quedé asombrada ante la presencia de un sacerdote en una comunidad acérrimamente hostil a la Iglesia y me pregunté por qué estaría libre. Era un hombre viejo, de expresión astuta y dedos amarillos a causa de la nicotina. Al poco de ponernos en marcha inició una conversación de circunstancias en mal francés.

—Usted es anarquista, ¿o me equivoco?

—No —dije.

—¿Comunista?

—No.

—¿Trotskista?

Mellie Bennett metió baza.

—Dile a ese viejo diablo que cierre el pico.

Temía que la hubiera entendido, pero Mellie dijo que se había cruzado con él anteriormente y que el cura no hablaba ni una palabra de inglés.

—Conozco a este farsante: lo usan con fines propagandísticos. Viaja por Francia dando conferencias en las que dice que en la España republicana tratan bien a los sacerdotes. Se ha forrado.

Mellie Bennett tenía cara de mono y llevaba gafas con gruesa montura de concha. Tenía una personalidad fuerte y provocativa y me cayó bien desde el primer momento. Había

llegado de Moscú, donde había pasado varios años trabajando en el *Moscow Daily News*. Sus convicciones eran izquierdistas, pero esa mañana en particular estaba de mal humor y lo criticaba todo.

—Mira esta carretera —dijo—. Debería estar llena de camiones cargados de víveres para Madrid, pero a los políticos les importa un bledo.

La estrecha carretera asfaltada serpenteaba kilómetros y más kilómetros a través de un paisaje yermo y ondulado. Los ferrocarriles que iban de la costa a Madrid habían sido bombardeados y ésta era ahora la única línea de comunicación entre la capital y el mundo exterior. Había pocos coches en la carretera y durante todo el viaje de más de trescientos veinte kilómetros hasta Madrid contamos veinte camiones solamente. En parte era debido a la falta de gasolina, pero, como supe más adelante, también a la falta de organización.

A unos ciento sesenta kilómetros de Valencia nos detuvimos en un pueblecito y entramos en un restaurante para almorzar. El local estaba a oscuras y una mujer desaliñada que llevaba un vestido azul pasó un trapo por la mesa para quitar las moscas muertas y las migas de pan. Nos sirvió una tortilla, pan y vino.

El chófer anarquista se sentó a la misma mesa y el sacerdote católico le dio unas palmaditas en la espalda y dijo que era un buen chico; había resultado herido combatiendo en el frente de Aragón. Tenía en el muslo un agujero de bala que aún no se había curado, pero tan pronto como se recuperase lo suficiente volvería al frente. Mellie Bennett explicó (en inglés, por lo que nadie excepto yo la entendió) que había luchado en las filas de un regimiento anarquista que había marchado a la guerra sin ningún oficial. La mayor parte del regimiento había sido aniquilada.

Los anarquistas eran contrarios a todo tipo de organización. Creían que las personas, si las dejaban hacer, eran de natural buenas, mientras que una sociedad organizada siempre acababa conduciendo al mal. De ahí que se hubieran ido al campo de batalla sin jefes. Pronto pudimos ver un ejemplo de este credo idealista pero nada práctico, pues unos cuantos ki-

lómetros más allá pasamos junto a un coche que se había quedado sin gasolina. Nuestro chófer se detuvo y, obedeciendo a sus buenos instintos, les dio parte de la nuestra. El resultado fue que al cabo de una hora nuestro vehículo empezó a toser de forma desagradable y nos encontramos en el mismo aprieto. Mellie dijo:

—¿Comprendes ahora la filosofía anarquista? Lo único que podemos hacer es esperar hasta que pase otro anarquista.

Estuvimos cerca de una hora sentados al borde de la carretera bajo un sol de justicia. Finalmente apareció un «camarada» que nos dio un poco de gasolina y de nuevo nos pusimos en marcha.

El sacerdote se moría de ganas de saber cuáles eran mis ideas políticas y volvió a hacer un intento de sonsacarme. Esta vez recurrió a los halagos.

—Quizá tiene usted, digamos, *inclinaciones* trotskistas. Es imposible no ser nada; nadie viene a España sin una idea, *une idée fixe*...

Mellie volvió a interrumpir la conversación y finalmente el cura optó por callar.

A unos sesenta kilómetros de Madrid unos centinelas nos ordenaron parar y nos dijeron que tendríamos que abandonar la carretera principal, tomar una secundaria y rodear el pueblo de Alcalá de Henares. A partir de este punto, la carretera principal que conducía a Madrid se encontraba expuesta al fuego del enemigo. Caía la noche y nos advirtieron que tuviéramos cuidado con las luces del coche. Las carreteras rurales eran malas, pero por suerte había luna nueva y eso nos ayudó un poco.

A las nueve de la noche avanzábamos por la Gran Vía, la arteria principal de Madrid. La ciudad estaba a oscuras y las calles aparecían desiertas y tranquilas. El silencio resultaba opresivo y reinaba un extraño ambiente cargado de presagios. De súbito el silencio se vio roto por el ruido sordo y lejano de la artillería. Nunca había oído el sonido de la guerra y mi corazón empezó a latir rápidamente.

Los demás no se inmutaron y, al llegar al hotel Florida, Mellie entró en busca de un portero que sacara los comestibles

que llevábamos en el coche. Durante su ausencia, el sacerdote se inclinó con presteza, abrió uno de los paquetes con un cortaplumas y robó tres cajetillas de cigarrillos Chesterfield. Me sonrió, puso un dedo manchado de amarillo sobre sus labios y dijo:

—¡Chitón!